

PROFECIA DE SIMEON

DIA DIEZ Y SIETE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Fasciculus myrrhæ dilectus meus: inter ubera mea commorabitur.

*Cant., I, 12.*

Et ecce homo erat in Jerusalem cui nomen Simeon, et homo iste justus et timoratus, expectans consolationem Israël, et Spiritus Sanctus erat in eo, et responsum acceperat a Spiritu Sancto non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini; et venit in Spiritu in templum. Et cum inducerent puerum Jesum parentes ejus, ut facerent secundum consuetudinem legis pro eo, et ipse accepit eum in ulnas suas et benedixit Deum et dixit: Nunc dimittis servum tuum.

*Luc., II, 25.*

Et erat pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo, et benedixit illis Simeon et dixit ad Mariam matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israël, et in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius, ut revelentur ex multis cordibus cogitationes.

*Id., 33-35.*

Tolle filium tuum unigenitum quem diligis, et vade in terram visionis, atque ibi offeres eum in holocaustum.

*Genes., XXII, 2.*

Pergebant ergo pariter, et venerunt ad locum quem ostenderat ei Deus, in quo ædificavit altare et arripuit gladium ut immolaret filium suum.

*Genes., XXII, 8-10.*

Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti filio tuo unigenito propter me benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum sicut stellas cœli et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ, quia obedisti voci meæ.

*Id., 16.*

Et posterunt omnes qui audierant in corde suo dicentes: Quis putas puer iste erit?

*Luc., I, 66.*

Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem..... ut probetis quæ sit voluntas Dei bona, et placens, et perfecta.

*Rom., XII, 1.*

Ex omne parte me angustie premunt: et levans oculos suos vidit angelum Domini stantem inter cœlum et terram, et evaginatum gladium in manu ejus.

*I Paralip., XXI, 13.-16.*

Vidit Dominus, et misertus est super magnitudinem mali, et imperavit angelo: Sufficit, jam cesset manus tua.

*Ibid., 15.*

Quibus urbem ingressis, velox apud cunctos fama percrebuit: dicebantque muliers: Hæc est illa Noemi? Quibus ait: Ne vocetis me Noemi, id est pulchram; sed vocate me Mara, id est amaram, quia amaritudine valde replevit me Omnipotens.

*Ruth., I, 19.*

Non pepercisti animæ tuæ propter angustias et tribulationem generis tui, sed subvenisti ruinæ ante conspectum Dei nostri.

*Judith., XIII, 25.*

Tu scis necessitatem meam, quod nunquam lætata sit ancilla tua, nisi in te, Domine Deus Abraham. Deus fortis super omnes, exaudi vocem eorum qui nullam aliam spem habent et erue me a timore meo.

*Esther., XIV, 16.*

## ARTÍCULO II

### LOS PADRES

I. La madre le presentó admirada á Simeón, que, tomándole en sus brazos con respetuosa solicitud, se levantó bendiciendo á Dios y exclamó: Dejad, Señor, que muera en paz vuestro siervo. Profetizó la pasión del Salvador, y siguió después la profetisa Ana, que también adoró al Niño y pronunció algunas palabras inspiradas. Admirada María de todo lo que veía y oía lo depositaba todo en el fondo de su corazón. (*S. Buenav. Medit. vit. Christ. II*).

II. Grato era ver caminar alegremente á los dos ancianos José y Simeón, unidas las manos, manifestando sus extremos de alegría con sus movimientos y cantos piadosos. Seguía la madre llevando en sus brazos al rey Jesús. Ana la acompañaba y caminaba á su lado sonriendo modestamente y alabando al Señor desde el fondo de su corazón que rebozaba dicha. Llegados al pie del altar, la madre, llena de conmoción, ofreció á su Hijo. (*Id. Ibid.*)

III. La madre inmaculada fué testigo de lo que pasaba en el alma de aquellos á quien visitaba el espíritu de profecía, advertida con anterioridad de la pasión de su divino Hijo y confirmada en la verdad de la fe por el testimonio de algunos santos personajes. Lo que Dios le había revelado, lo que ella misma había aprendido con la lectura de las santas Escrituras, veía que se cumplía en los transportes del anciano; Dios lo permitía así para que

en medio de tantos misterios no vacilase nunca su fe. (*S. Lorenzo Just. in Purificat.*)

IV. Decidme lo que pensáis de las palabras de Simeón para que me conforme yo con vuestro parecer. Si las tomo en su sentido literal, quedo en una profunda oscuridad. En el pasaje en que el santo anciano alude á los tormentos que debe sufrir, habla de una espada que atravesará su cuerpo; pero en ninguna parte encuentro que María hubiese muerto de una manera violenta. Jamás he sabido que María tuviese atravesado el cuerpo por una espada. No cabe duda que cuando el Profeta habla de un instrumento de acero, alude á la espada de la palabra divina, porque en el versículo siguiente dice: La palabra de Dios la invirtió en fuego. Efectivamente, la palabra de Dios es un fuego y una espada, y tenemos una prueba de ello en estas palabras salidas de los labios mismos del Salvador: «He venido á poner el fuego sobre la tierra, y cuál es mi deseo sino el que arda?» Y en otro lugar dice: «No he traído la paz, sino la espada».

V. ¿Qué dices, santo anciano? ¿Por qué mezclas así el gozo con la alegría? Hasta ahora no has hablado sino de gloria y de luz, pero ya no hablas más que palabras de ruina, y sólo anuncias los desastres que causará la espada.—Así sucederán las cosas, dice el anciano, y cada cosa llegará á su hora; la ruina para los malos y luego la resurrección para los buenos.—El Salvador será objeto de contradicción, para que, testigos de los crímenes y de las virtudes que brotarán á nuestros ojos, sepamos distinguir en la tierra el bien del mal. Ni aun el alma de María estará exenta de tribulación, que le vendrá con las alarmas que la agitarán sin cesar y que no siempre podrá resistir. (*S. Amphilocheii. epist, Ilomiens. Orat. in S. Deipar.*)

## ARTÍCULO III

## PLAN Y ASUNTO

I. La profecía de Simeón abrió en el corazón de María cuatro heridas profundas.

1° María comprendió que ofreciendo á Jesús en el templo le ofrecía á la muerte. No podrá ya por lo tanto poseerle tranquilamente. Junto á su cuna se levanta el calvario, y ve el patíbulo en que morirá su hijo. Al reciente recuerdo de la adoración de los pastores y de los magos, junta las blasfemias de la muchedumbre, el grito de muerte de los malvados y los insultos de los verdugos.

2° María comprende que la aparición de Jesús será la señal del sin número de contradicciones que contra El se levantarán. Jesús es la verdad, el amor y la dulzura. Nada importa todo esto que el mundo no comprenderá, y cada una de estas contradicciones será como una espada que atravesará el corazón de María.

3° Jesús ha venido para ruina de muchos y María consiente por los pecadores en inmolar á su hijo. Madre será ella de los hombres, y los habrá entre ellos que no amarán ni al Hijo ni á la Madre, y se condenarán.

4° A causa de Jesús serán maldecidos la comarca que le vió nacer y el pueblo entre el que vivió. Esta maldición provocada por la tierra natal de María, por haber rechazado á Jesús, era un recuerdo amargo y constante. Todas las glorias de la historia antigua de la Judea, desde el Exodo á los Macabeos, se presentaban al espíritu de María.

II. María recibió estas heridas con una conformidad admirable.

1° Con una resignación y una obediencia sin límites á

la voluntad de Dios. María reconocía de una manera práctica la soberanía de Dios.

2° María entró perfectamente en los designios de Dios, con respecto á Jesús, á sí misma y á nosotros.

3° María aceptó en estas circunstancias el dolor sin cálculo y sin repugnancia, de una manera espontánea y con una generosidad sin medida.

¡Cuántas lecciones deberíamos sacar de todo esto! Cuántas quejas exhalamos á la hora en que los sufrimientos nos persiguen! Nuestras quejas no sirven sino para hacernos perder los méritos que podríamos adquirir recibéndolas con paciencia.

## ARTÍCULO IV

## Extractos y pensamientos diversos

I. "Este niño, dice Simeón á la Virgen, éste es puesto para ruina y resurrección de muchos, y para señal de contradicción, y una espada traspasará tu alma." Palabras son estas espantosas para una madre, y os llamó la atención sobre ellas. Cierto es que nada particular le explica acerca de los trabajos de su Hijo; pero no creais que lo hizo con el fin de evitarla un dolor. Precisamente lo que se los hace sufrir todos es El que no se le especifica ninguno. Efectivamente, ¿hay algo más rudo y espantoso que la amenaza que se nos hace de un mal, cuando no se nos manifiesta cuál será? Esto es lo que nos tiene confundidos, admirados y oprimidos por todas partes, porque no vemos sino espadas que nos amenazan sin cesar. El temor, por demás ingenioso para atormentarnos, no pudiendo saber cuál es el mal que le amenaza, todos los ve en su imaginación. Esta incertidumbre es tan cruel que el conocimiento del mal que debe sufrirse, vendría á ser el descanso. Con razón, dice San Agustín, "que es menos duro sufrir una muerte que temerlas todas." *Longe satius est unam perpeti moriendo, quam omnes timere vivendo.* Tal era la situación en que vivía la Virgen. —(Bossuet, sermón sobre la Purificación de la Sma. Virgen).

II. ....Ella puso á Jesús en brazos de Simeón como [después lo ha hecho por visión con tantos otros santos, y en el alma del anciano sacerdote fulguró una luz extraordinaria. ¡Oh bienaventurado anciano! tus trémulos brazos rodean á tu Dios; tu cuerpo, agobiado por el peso de los años, lleva el peso de tu Criador, y, sin embargo, no se dobla: en el rostro de ese Niño estás viendo nada menos que la gloria celestial; el Espíritu Santo te ha cumplido su promesa; en tus manos tienes al "Cristo del Señor,"

al que tan largos años te ha mantenido esperando «la salud de Israel,» conservándote en un mundo ya para tí peregrino, como después de tí lo fué para San Juan Evangelista.... ¡Oh! seguramente el Dios que te crió, el Dios que en breve ha de recibirte, el Dios á quien tan tiernamente estrechas ahora en tu seno, ha fortalecido tu corazón con su omnipotencia, pues de otro modo no hubieras podido flotar en el diluvio de gozos que en este momento inunda tu alma. Mírale, que no te hartarás de mirarle: mira esos labios de rosicler que muy pronto pronunciarán tu sentencia de vida eterna: inflama tu corazón con el fuego de esos ojitos infantiles. Es el Cristo, el Cristo que esperaba. ¡Cuánta profecía se cumple en este momento! Ahora es cuando se consuma la historia del mundo; ahora cuando se corona la creación. Porque, en resumen, ¡qué otra cosa sino el hermoso rostro de ese Niño han deseado ver, durante tan largas edades, tantos patriarcas, reyes y profetas? Pues tú lo has visto, y esto lo dice todo: tú has visto el cielo y nada tiene ya la tierra que ver contigo: ¡por qué no te falta de pronto y te deja libre para volar al seno del Dios infinito, Padre tuyo, y Padre de ese único Hijo, cuya hermosura pudiera arrebatarle con la más dulce y hermosa de la muerte?—(Faber, *Maria al pie de la Cruz*, cap. II).

III. Cuando hubo terminado su profecía el santo Simeón, obróse en el espíritu de María un nuevo é indecible misterio de la gracia: quizás supo entonces algo que hasta allí no había sabido: quizás, y esto es más probable, supo de un nuevo modo lo que ya de antes sabía. De una ó de otra manera, en su alma, repetimos, surgió un nuevo estado, una nueva operación de la gracia, una nueva santificación, un estupendo milagro; pues desde aquel momento vió súbitamente grabarse en su espíritu todos y cada uno de sus dolores, especialmente la Pasión toda entera, con todos sus pormenores, y su corazón inmaculado quedó como sumido en un piélago de aflicciones sobrenaturales por su índole y por su intensidad: parecióle como si aquella visión la llegase del rostro mismo de Jesús, que con su penetrante mirada grabase en su mente aquel espantoso cuadro. Vió entonces sin verlo el corazón mismo de Jesús, con todo cuanto le llenaba. Reproduciase en ella, pudiéramos decir, el misterio de la Encarnación, aunque por diverso modo, elevándola á nueva cima de santidad y aumentando con nueva riqueza la dote que había recibido como Madre de Dios: sin dejar de ser ella misma, era diferente de la que poco antes había entrado en el templo. Pero en aquella su transformación maravillosa nada hubo que la sorprendiese, ni la desconcertase, ni la amedrentase, ni de modo alguno turbara su ánimo; antes al contrario, el mismo piélago de amargura que había inundado su alma, acrecentó su inalterable serenidad. Desde los brazos, y al par del cántico de Simeón, había descendido sobre ella la excelsa luz del mundo, seguida de tinieblas más profundas, espesas y palpables que las de Egipto: del claro sol de Betlen había pasado súbitamente á las oscuras sombras del Calvario; pero esto, repito, sin menoscabo alguno de su celeste calma, sin que la causara extrañeza ni asombro, antes bien, dejándola llena de la suavidad de un amor indecible, fortalecida con la unión más divina, no obstante aquella espada que atravesaba

su corazón, y que clavada después en Él durante cuarenta y ocho años, había de hacerla morir de amor cuando Jesús se la arrancase de la herida.—(Id. *Ibid.*)

IV. María y Jesús, en el misterio de la purificación y de la presentación, buscan la oscuridad y la humillación, y encuentran el esplendor y la gloria. Sus propias humillaciones los levantan. María, Virgen, sacrifica su Hijo, y he ahí que, por un encuentro providencial, ese Hijo, levantado en brazos de Simeón, es proclamado Salvador del mundo, y María también, restablecida y conservada en la gloria de su divina maternidad, que había querido ocultar con el velo de la condición más humillante, es además, declarada solemnemente Coadjutora de nuestra Redención.

Esto resulta de la profecía de Simeón.—(Nicolás, *La Virgen, según el Evangelio*, cap. XIII, § 3).

V. Como la plenitud de la gracia había pasado de Jesucristo al alma de su divina madre, era necesario que María se conformase con los designios de humildad de su Hijo. Dios da su gracia á los humildes, como dice el Apóstol Santiago; y así como Jesucristo, aunque dispensado de la ley, quiso, sin embargo, recibir la circuncisión y sujetarse á todas las observancias mosaicas para dar un grande ejemplo de humildad y obediencia y más fuerza á la ley, y para no dar al mismo tiempo pretextos á los judíos para que le calumniasen, de la misma manera quiso que su divina Madre observase religiosamente aquellas partes de la ley que la comprendían, aunque estuviese legítimamente dispensada de ellas.—(S. Thom., 3. p. 9. 37. art. 4. in Corp.)

VI. Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, María vino con su hijo al templo del Señor. Allí en la parte reservada á las mujeres, se collocaban en un lugar separado las que eran nobles y ricas, en otro las virgenes, y en otro las que eran pobres y pertenecían á la clase humilde del pueblo. Todavía rigen hoy con todo rigor estas costumbres entre los judíos en el lugar donde se reúnen para orar. Al penetrar en el templo se detuvo María un momento para elegir el grupo donde se dirigía. Aunque era de una raza ilustre y verdaderamente noble, puesto que era de la familia real de David, era, sin embargo, pobre y estaba vestida con mucha sencillez, porque había dado á los pobres por amor de Dios su patrimonio y todo lo que los reyes de Oriente habían puesto á los pies de su Hijo en Belén. Su único deseo era vivir del trabajo de sus manos. Si se hubiese colocado entre las mujeres ricas, no hubieran dejado de decirle: «No es éste el lugar que os corresponde. ¡Cómo pretende la esposa de un simple carpintero mezclarse entre nosotros!» Si se hubiese colocado entre las virgenes, ella, la más pura de todas, se hubieran alarmado con su presencia y le hubieran dicho: «Tenéis esposo y en brazos lleváis el fruto de vuestras entrañas, ¿cómo, pues, os atrevéis á colocaros entre nosotros?» Después de haber hecho todas estas reflexiones se dirigió al grupo de mujeres pobres del pueblo, y entonces se cumplió esta profecía que pronunció el Espíritu Santo por boca de Salomón: «Como brilla un lirio entre las espinas, así brilla mi amiga entre las mujeres.» *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.*—(S. Vicente Ferrer, *serm. in Purif. B. V. M.*)

## ARTÍCULO V

## PLÁTICA XVII

MARÍA, REINA DEL PURGATORIO

Después de haber recorrido con harta rapidez el reino más delicioso de María, bajaremos hoy á una mansión bien distinta por cierto, pero no menos interesante. Allí, como en el infierno, resuenan los ayes y los gemidos, pero ayes y gemidos dulcificados por la esperanza. Este reino, que desdeña la ciencia porque no pasa por el campo de sus telescopios; desconocido por la razón orgullosa, que no se atreve á detenerse en él, es uno de los menos iluminados por la revelación. Se llama el purgatorio. Al bajar á él directamente desde el cielo, imitamos á la Iglesia, que en las fiestas de su liturgia, pasa sin transición de la mansión de la gloria al vestibulo donde la esperan más ó menos tiempo casi todas las almas que salen de nuestro mundo. Digo casi todas las almas, porque ¿dónde están las que encargándose en la tierra del cuidado de la justicia de Dios contra sí mismas, tienen la perseverante energía de imponerse hasta el fin la penitencia que exigen sus pecados? ¿Y las más raras todavía que mueren pasadas ya su juventud, sin haber desfallecido ni su inteligencia ni su co-razón?

El purgatorio es el lugar común de la mayor parte de nosotros.

No me propongo probaros la existencia del purgatorio, porque sería perder el tiempo inútilmente. Este dogma es, como la Eucaristía, la base de nuestras prácticas religiosas y de toda nuestra liturgia. El que quiere ser cristiano no puede negarla, ni la negará tampoco el que

quiera probar que no carece de razón. Los Campos Elíseos ó el paraíso de los antiguos se parecía al purgatorio, lo que prueba cuanto pesa este dogma sobre la inteligencia humana; los mismos libre-pensadores se ven obligados á establecer un sistema religioso cualquiera, y colocan en cualquiera parte, aunque sea en los astros, á las almas que no pudieron purificarse durante su vida terrestre. Uno de los más famosos entre ellos las hace viajar de uno á otro planeta, hasta que, dejando en cada uno de ellos una parte de su sombra, tienen el privilegio de convertirse en luminosos rayos del sol. Tales son los absurdos en que caen estos hombres que se llaman pensadores cuando huyen del dogma católico. Creo que nuestros padres pensaban con más tino que ellos.

Un instante de arrepentimiento basta para obtener el perdón de una vida pecadora; pero no basta para expiarla si no es por misericordia divina. El hombre que muere creyendo en la gracia y el perdón, se salvará, pero no entrará desde luego en la gloria del cielo. Damos el nombre de purgatorio al lugar de la expiación debida á la justicia divina. Donde esté este lugar nada nos importa, y sólo Dios podría explicárnoslo, pero no ha querido hacerlo, y no divagaremos en las mismas hipótesis caprichosas de que acabamos de burlarnos. Lo único que sabemos de este lugar de sufrimientos es que es sombrío y desolado. Las almas que gimen allí y padecen, gimen y padecen sin que puedan evitarlo por sí mismas. Necesitan de amigos que apaguen la sed ardiente que las devora.

Esa sed horrible está producida por doble causa: el amor y el fuego, ó sea dos llamas de igual potencia. Dicen que en la tierra nada quema tanto como el amor. Cuando este ardiente combustible se pega á ciertos organismos los aniquila, los atormenta y corroe hasta la desesperación y la muerte. ¿Qué es, sin embargo, el amor de la tierra comparado con el de las almas del purgatorio? La

beldad que adoran está junto á ellas, las fascina y las atrae. Quieren volar á su seno, mas el objeto de su amor se desvanece y no hallan más que el vacío y un aumento de dolor. Y las pobres almas lloran nuevamente, si es que el fuego en que se abrasan les deja algún llanto que derramar. Mas no, porque ni este consuelo les queda. Por muy grande que sea su dolor no pueden verterlo en llanto, sino que noche y día han de llevar consigo todo su peso. Ni duermen ni se distraen un momento; su sufrimiento es incesante. ¿No conocéis esas pobres almas? Es vuestro esposo, el que hace algunos años amabais más que á vosotras mismas; son vuestras hermanas, las que os sonreían ayer participando de vuestros juegos y distracciones; son vuestros padres, los que al morir se despedían con los ojos llenos de lágrimas, dandoos el nombre de hijos; son vuestras madres, las que al morir os estrechaban sobre su corazón; son vuestros hijos, los que al morir cubríais de besos y los que se llevaban en su cadáver pedazos de vuestro corazón. Son, en una palabra, todos los que han vivido junto á nosotros. Oíd su fúnebre canto: *Misereмини mei, saltem vos amici mei.* Tened piedad de mí, ¡oh amigos míos! Oh sí, pobres almas, hemos oído vuestros clamores y tendremos piedad de vosotros. ¿De qué modo, hermanos míos? No nos faltan los medios; lo que nos falta es el tino para la elección. La penitencia, las mortificaciones voluntarias, las buenas obras y la oración son otras tantas gotas de agua que podemos dar para apagar la sed de las almas. Algunos santos y santas han llegado á ofrecer ante el trono de Dios en favor de las almas todos los méritos de su vida de mortificación. Para el común de los cristianos esta práctica sería indiscreta, porque la Iglesia da á este desinterés el nombre de *heróico*, y no todos estamos obligados al heroísmo. Pero todos debemos interesarnos por la salvación de las almas, ponien-

do como intercesora á la que llamamos *Reina del Purgatorio*.

Fiel á los planes de Dios, aunque sea María la fuente de todas las gracias y se proponga sacar de esos sombríos lugares en que están sepultadas las almas de nuestros hermanos que sufren, prefiere hacerlo por mediación nuestra. Su corazón de madre se regocija más al ver que vamos unos en auxilio de otros en comunión de los santos. Mas no nos niega su auxilio. Así nos lo ha dejado ver al establecer ella misma dos devociones conocidas hoy en toda la Iglesia. Una de ellas es el *Rosario*, que semejante á las máquinas más poderosas de guerra, no puede dejar de conmover el corazón de Dios con sus súplicas. La otra es el *Escapulario*, talismán precioso bajado del cielo, aprobado por las bulas de seis papas, predicado por los más grandes doctores, enriquecido con indulgencias personales y aplicables á los difuntos, que produciría un gran vacío en el purgatorio si todos los días no llegaran nuevas víctimas. Empleemos, pues, estos preciosos recursos, hermanos míos, y los deudos y amigos á quienes libremos serán para nosotros otros tantos protectores que rogarán por nosotros en el cielo.—ASÍ SEA.